



Relieve hindú del siglo II antes de J. C. que representa a Gautama meditando sobre el dolor y la muerte en su cámara nupcial (Museo Británico, Londres).

El Buda

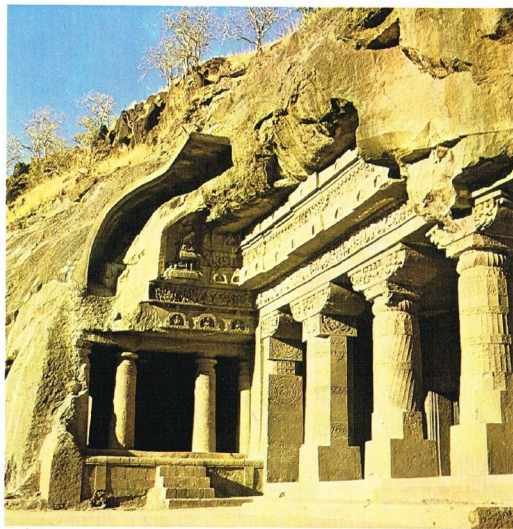
El príncipe ario Sidarta Gautama, de la tribu de los sakias, el que después fue llamado Buda, vivió y predicó en el siglo VI antes de J. C. No sabemos con exactitud la fecha de su nacimiento, pero tendría ya casi ochenta años cuando murió en 543, según los cálculos de los monjes de Ceilán. Hoy se tiende a dudar de esta fecha y a creer que hay que poner la predicación de Buda en el siglo V en lugar del VI; así es que el Buda sería contemporáneo de Sócrates y de Nehemías.

La juventud de Gautama se deslizó sin contratiempo en el palacio de Kapilavastu, al norte de la India. Los sakias estaban entonces en paz con sus vecinos, y Sidarta casó con una prima suya también aria, princesa de la tribu del "otro lado del río". Aunque la leyenda lo haya decorado con poéticos detalles, es casi seguro que su conversión se efectuó así: un día, Gautama, paseando en su carro con su escudero Channa, se encontró con el espectáculo de la vejez, la enfermedad y la muerte, que de súbito le abrieron los ojos para comprender la pobre trama de la vida.

Primero distinguió a un hombre viejo, al lado del camino. "¿Quién es ese de cabello blanco, ojos apagados y cuerpo tembloroso?", preguntó a su escudero. Channa contestó: "Es un viejo; antes fue un niño de pecho, y después un joven lleno de vida, pero ahora su lozanía se ha marchitado y ha perdido su fuerza...". Gautama replicó: "¿Y cómo puede nadie regocijarse cuando sabe que pronto envejecerá y se extinguirá su vigor?".

Y he aquí que, mientras hablaba todavía, vio a otro hombre que se quejaba, respirando febrilmente. "¿Qué tiene ese hombre?", preguntó Gautama. "Está enfermo —contestó el escudero—; los órganos de su cuerpo se hallan descompuestos; todos los humanos estamos sujetos a tales desórdenes."

El escudero picó los caballos para escapar de aquella visión, pero pronto se encontraron con un entierro. "¿Qué llevan esos hombres tan tristes, entre coronas y flores?" El escudero respondió: "Acompañan un cadáver. Sus miembros están rígidos, sus pensamientos le han dejado, no tiene vida, sus placeres y sufrimientos han termi-



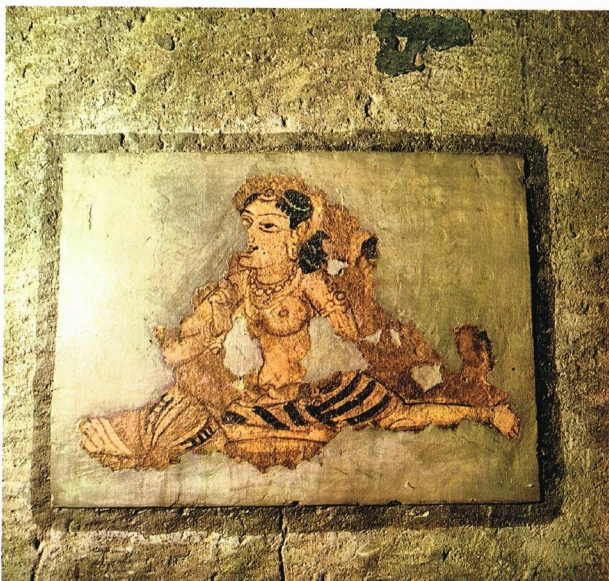
Entrada a la cueva I de Ajanta, en el Decán. En las cercanías de esta localidad se descubrieron, a principios del siglo XIX, treinta cuevas que eran otros tantos templos budistas o lugares de reunión. Aunque es difícil establecer su cronología, se supone que fueron construidas del siglo II a. de J. C. al VII de nuestra era.

nado. Todo tiene que morir; no es posible eludir la muerte".

Desde aquel día, Gautama fue otro hombre. Al preguntarle su esposa la causa de sus preocupaciones, contestaba: "El hombre envejece, enferma y muere; ¿qué incentivo puede tener para él la vida?"

Por fin, al nacer su único hijo, cuando ya tenía Gautama veintinueve años, decidió abandonar Kapilavastu para hacer vida de mendigo. Marchó primero a una ciudad llamada Rajaga, donde había maestros de la antigua sabiduría de los Vedas. Vivían en las cuevas de las colinas que rodeaban la ciudad; más seguros allí que en despoblado, y lo bastante solos para contemplar sin distraerse los contrafuertes del Himalaya, que empiezan a distinguirse desde aquel lugar.

El propósito de Gautama es evidente; como más tarde Lulio y Loyola, quiso aprender antes de empezar a enseñar. Pero lo que aprendió no le satisfizo. He aquí, poco más o menos, las enseñanzas que recibió de los brahmanes el futuro Buda y sus objeciones: el alma —decían los maestros de la vieja sabiduría hindú— es distinta de las sensaciones. Cuando tú tocas una cosa, tu cuerpo es el que toca, pero tu alma es la que percibe. Tu alma es la que resuelve



"La danzarina", fresco de una cueva de Ajanta.

*Estela hindú del siglo XII
con una representación de Visnú
(Museo Guimet, París).*

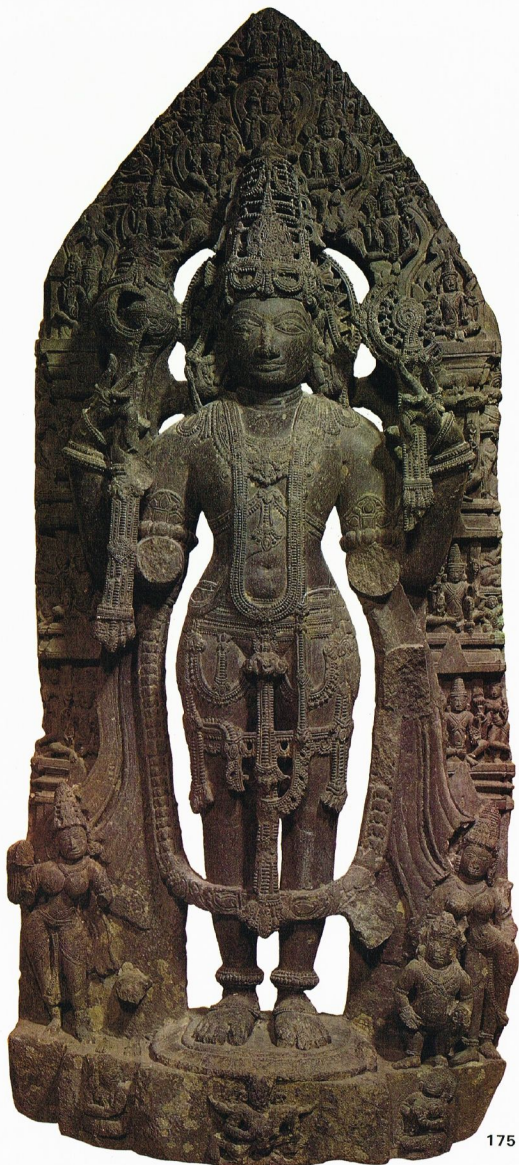
*Visnú, originariamente divinidad solar,
entró a formar parte de la
trinidad brahmánica creada para reforzar
la antigua religión superada por el budismo.*

*Puede experimentar diversas
transformaciones o encarnaciones
que se denominan "avatares de Visnú".*

y piensa, pero también es ella la que siente el olor, la que nota el sabor, que tu nariz o tu paladar perciben. Dudar de la existencia del alma es un error que te aparta del camino de la salvación. La verdadera vía es purificar esta alma, separándose de las gentes, viviendo de limosna, sin apencientes ni responsabilidades. Sobre todo, reconociendo que el mundo material es un puro sueño, llegamos a una vida espiritual. Como un pájaro se escapa de su jaula, así vuela el alma cuando se siente libre de las sensaciones.

Éstas eran las doctrinas de ciertas escuelas brahmánicas por aquella época; hasta aquí habían llegado en los días del Buda. Las objeciones del príncipe Gautama, convertido ya en Sakia-Muni, o el sabio de su tribu, creemos que van a sorprender al lector. Por de pronto, el punto capital de todo el budismo es negar la existencia del alma. Este pequeño ser vivo, espiritual pero humano, que, como un invisible homínulo, los filósofos griegos y romanos y todos los doctores cristianos insistieron siempre en afirmar que llevamos encerrado en nuestro cuerpo (el *nous*, la *psyche*, el espíritu, la *ombra*, el alma), fue el enemigo capital del Buda y de su escuela.

"Nuestra miseria —replicaba el futuro Buda a los sabios hindúes— no proviene de la esclavitud del alma, sierva, como decís, de las pasiones, sino de que no nos hemos libertado de la personalidad, del *yo*. Decís que podéis separar el *yo* de sus actos, pero os equivocáis; el hombre es un compuesto de sus facultades; no existe ese ente extraño que, oculto por un telón, percibe lo que pasa delante. No existen cosas sin cualidades: son las cualidades las que forman las cosas. No existe el alma sin las facultades, son las facultades las que forman el *yo*... ¡Cuánta confusión viene del interés en uno mismo y en su propia perfección! El mero hecho de pensar que uno piensa, y que piensa bien, le despierta su vanidad. Además, si existe esta alma, como decís, debe persistir después de la vida, ya en el cielo, ya en la tierra, ya en el infierno... ¿Estaremos eternamente condenados a egoísmo y limitación?"





Representación de Buda en madera dorada (Museo Histórico, Berna). Tras un período de voluntarias privaciones y de vida ascética, Gautama obtuvo la iluminación mientras estaba meditando bajo un árbol. Desde entonces se llamó Buda, que quiere decir "el iluminado".

Los brahmanes repetían: "¿No ves por doquier los efectos de esta caracterización de cada cosa? El conjunto de cualidades personales hace a los hombres diferentes en temperamento, fortuna y destino. El *karma*, o personalidad, merece premio o castigo; por esto precisa la transnigración del

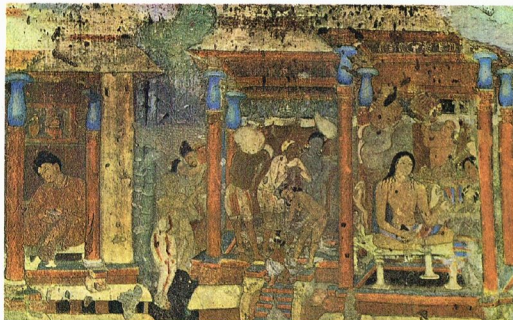
alma a otro cuerpo, heredando de nuestra existencia anterior los efectos de nuestras malas acciones y el galardón de nuestra bondad".

Gautama les contradecía en estos términos: "La existencia del *karma*, que caracteriza cada persona y cosa, es innegable;

pero el yo no existe. Mi persona es una combinación, así mental como material". De las primeras discusiones de Sakia-Muni con los brahmanes ya se desprende que en aquella época habría gran tolerancia en las escuelas indas hasta para las opiniones más arriesgadas. Esto debía facilitar después la predicación del budismo, pero, en realidad, Sakia-Muni no tenía nada que predicar todavía. Sus objeciones tenían sólo el carácter de una duda metafísica.

Desengañado de la escuela de Rajaga, el futuro Buda pasó al bosque para ver si, con la penitencia y el ayuno, podía liberarse de la personalidad que le atormentaba. Fijó su morada en la selva de Uruvela, en el lugar donde ahora se levanta el templo de Buda-Gaya, y allí por espacio de seis años mortificó su cuerpo ásperamente, hasta quedar reducido a un esqueleto. Probó a subsistir, dice la leyenda, con un solo grano de mijo al día. Tan dura penitencia le atrajo la admiración de las gentes, que acudían de muy lejos para implorar con respeto sus bendiciones.

Empero, Gautama no estaba satisfecho. Su cuerpo se debilitaba sin lograr aumento de luz espiritual por medio de repetidos éxtasis. Buscando la verdad, no podía experimentar los raptos de amor que han contenido a los místicos de otras razas. Comprendió que necesitaba reforzar su cuerpo si quería obtener la claridad del entendimiento. Para esto fue primero a bañarse en el río y, al tratar de salir del agua, se desmayó, pero haciendo un gran esfuerzo consiguió llegar a la orilla. Al verle allí, tendido y extenuado, la hija de un pastor le ofreció un plato de arroz, que Sakia-Muni comió sin



Detalle de un fresco de la cueva 1 de Ajanta que representa un episodio de la vida de Buda. El conjunto pictórico de Ajanta es por sí solo la mejor colección de pintura hindú.

escrúpulo. Esto escandalizó mucho a los que le servían reverentes por su vida de penitencia y austeridad.

Abandonado por los que le admiraban y perseguido, añade la leyenda, por los espíritus malignos, que le tentaban de continuo, fue a sentarse al pie de un árbol que crece en la India, una higuera silvestre (*Ficus religiosa*) llamada *Bo*. Era temprano, por la mañana, cuando comenzó a meditar a la sombra de la higuera, y antes de caer el día recibió la gran iniciación. Desde aquel momento sería el *Buda*, que quiere decir "el iluminado". Había comprendido, no la naturaleza de Dios, no la causa del universo, sino la naturaleza del dolor, sus causas y su remedio. Esto es lo que descubrió el



LA INDIA DESDE LOS TIEMPOS VEDICOS AL BUDISMO

Ya hemos hablado en un capítulo del tomo II de esta obra sobre el cambio que representó para la India primitiva la llegada de pueblos indoeuropeos que se establecieron en su suelo. Hasta que los modernos trabajos de la arqueología descubrieron la existencia de las ciudades de Harappa y Mohenjo-Daro, nada se sabía sobre la historia de la India anterior a la llegada de los arios. En la actualidad, y gracias a numerosas excavaciones, conocemos la naturaleza de esta civilización del Indo, contemporánea a la sumerio-acadia, que en ningún aspecto parece inferior a su vecina y que, desde luego, es más antigua que las civilizaciones que durante muchos años se han estudiado como cuna del hombre y de la cultura.

A este respecto es aleccionador observar las excavaciones de estas antiguas ciudades indas: sus calles trazadas en ángulo recto; las instalaciones higiénicas de sus casas, como los desagües y salas de baño; la separación espacial entre los edificios públicos y las viviendas, son detalles propios más bien de una civilización moderna que de un pueblo del III milenio a. de J. C. Si a esto añadimos las sorprendentes manifestaciones del arte de la época, esculturas que son obras maestras en la técnica del modelado y en la plasmación del movimiento, tendremos una idea justa de la importancia de la primera civilización del Indo.

Pero este florecimiento cultural sufrió una perturbación interior cuando, entrado ya el II milenio, poblaciones provenientes de las montañas del Afganistán y Belu-chistán, empujadas por la presión de pueblos invasores que venían de más arriba, buscaron su refugio en la llanura del Indo. Esto perturbó el equilibrio interior, que quedó totalmente roto, a mediados del II milenio, por la llegada, a través de la llanura irania, de un pueblo invasor, los arios, que con su presencia introdujeron en la India una lengua nueva, el sánscrito, y una civilización diferente, la indoeuropea.

La época que comienza en este momento y que, hasta el período grecobúdico, va a durar más de mil años no ha dejado restos arqueológicos suficientes para reconstituir las características de las culturas desarrolladas en suelo indio. Sobre todo, sorprende la ausencia de manifestaciones artísticas, lo cual no prueba que no se

desarrollara el arte en esta época, sino más bien que los materiales que se emplearon eran muy frágiles, como la madera, o quizás el marfil, y que por eso han desaparecido las obras de arte, sin dejar huella alguna debido al clima húmedo y abrasador de la India. A pesar de ello, es ineludible estudiar este período, porque durante él se cimentaron ampliamente las bases de la peculiar concepción inda del mundo.

Para estudiar este período (1500 a 200 antes de J. C.), en que se produjo el impacto del mundo ario sobre el medio indio, sólo podemos usar como fuente histórica algunos textos literarios que la tradición india considera como sagrados y de origen divino, los cuales reciben el nombre de *Veda*, que significa el *Saber*. En la literatura védica son evidentes unos períodos cronológicos, aunque tienen escaso rigor y precisión. La tradición épica posterior añade algunos detalles a las alusiones históricas de los textos sagrados. Con todo lo cual, la sucesión de los hechos, medio históricos medio míticos, ocurridos en este período, podría narrarse así:

La invasión de los arios, de los que dice el *Rig-Veda* que hubieron de enfrentarse con pueblos autóctonos de piel oscura y que levantaron fortalezas y ciudades a su paso, avanzó de Oeste a Este, de forma que el centro del arrianismo, que en principio fue el "país de los cinco ríos", pasó primero a una región llamada Kuru, situada entre el Ganges y el Sarasvatí, y luego avanzó hasta las regiones de Koçala y Vi-deha, en la orilla izquierda del Ganges medio. En su avance hacia el Sur, las poblaciones indígenas les opusieron una resistencia tenaz. Tales poblaciones vivían dedicadas al pastoreo y a la agricultura y en la base de su organización social había ya un esbozo de división de castas, aunque no imposibles de franquear, como lo fueron posteriormente, pues los miembros de distintas razas o castas podían contraer matrimonio entre sí.

Parece que estas poblaciones indígenas estaban ya políticamente organizadas bajo el mando de dos dinastías contemporáneas: la Solar, a la que pertenece el héroe Rama, cuyas aventuras constituirán más tarde el núcleo literario del poema épico sánscrito *Ramayana*, y la Lunar. Entre estas dos dinastías se daría la "batalla de diez reyes" de que habla el *Rig-Veda*, pri-

mer hecho concreto de la historia bélica del país.

Más adelante, sin que se pueda fijar la fecha ni siquiera aproximadamente, un motivo desconocido provocó una querrela entre dos familias de la dinastía Lunar, que acabó en lo que se llama guerra de los Bhārata, en la que participaron como aliados de uno u otro bando la mayoría de los clanes arios vecinos. Esta integración de las tribus arias en los intereses locales cierra quizás el ciclo clásico de enemistad-enfrentamiento-alianza que a lo largo de la Historia se ha dado múltiples veces entre dos pueblos obligados a habitar el mismo territorio. Tras la guerra de los Bhārata vivió el rey Parikshit, mencionado por el *Atharva-Veda*, figura histórica y a la vez legendaria, fundador de una dinastía y artífice de una edad de oro. Durante su reinado, la India del Norte se dividió en varios reinos, los más importantes de los cuales fueron el de Kuru y el de Panchaba, que acabaron fusionándose.

Esto nos dicen las fuentes de la historia de este milenio, pero su conocimiento no proporciona apenas ninguna luz sobre el período. Lo que en realidad interesa conocer no son las listas de los reyes y la versión de sus hazañas, sino el proceso interior de la historización del país. Pasaron muchos siglos antes que los invasores arios dominaran la India del Norte, y ya el primer estado de características políticas y culturales arias se organiza en la región de Magadha, hasta que poco a poco se adueña de todo el valle del Ganges. Esta traslación de influencia desde el Norte hacia el Sur tuvo lugar entre los siglos v y iv. a. de J. C., es decir, durante el transcurso del imperio aqueménida.

Paralelamente a las manifestaciones de cultura que fue capaz de desarrollar este imperio —piénsense en los palacios reales de Susa y Persépolis—, también la civilización aria tuvo una gran eclosión artística e intelectual, bien patente en los monumentos de su capital, Pataliputra, y en el desarrollo del pensamiento brahmánico en las lecciones de los *Upanishads*.

Éste era el ambiente imperante en la India cuando en el siglo vi. a. de J. C. nació el Buda, quien, como reacción contra el brahmanismo, antigua religión nacional, fundó el budismo, la más antigua de las grandes religiones actuales.

V. G.

Muni de los saktas, por esto fue llamado Buda; todo el budismo dimana de la gran iniciación del Buda en ese día memorable para la historia del Oriente. Casi la mitad de la raza humana sigue, o cree seguir, la doctrina del iluminado bajo la sombra de la higuera.

Lo que pasó por la mente del príncipe Gautama el día de su transformación en

Buda no lo sabremos nunca; él no quiso decirnoslo y la leyenda lo ha forjado a su sabor, contando fantásticas visiones.

Por de pronto, el Buda resolvió hacer lo que se llama la Gran Renunciación, esto es, no vivir para él solo, sino predicar a los hombres la buena nueva. Ante todo, quiso el nuevo Buda ir a convencer a sus maestros, los brahmanes de Rajaga, y se encontró con

*Estela del siglo I con un relieve
de la diosa Durga,
una de las numerosas transformaciones
de la esposa de Siva
(Museum of Fine Arts, Boston).*

*Este personaje
de la rica mitología brahmánica
está en lucha constante
contra el demonio.
En esta ilustración
aparece con armas
en sus numerosos brazos
y aplastando al demonio
de cabeza de búfalo.*

que ya habían muerto. Después creyó que era deber suyo convertir a los cinco ermitaños que le habían servido en la selva de Uruvela y que al dejarle se marcharon a Benarés. Vivían entonces como penitentes en un paraje de las afueras de la ciudad, llamado Parque de los Ciervos. Al ver llegar al Buda, se confabularon para rechazarle como a un apóstata, pero, impelidos luego por una fuerza misteriosa, le reconocieron como iluminado y le sirvieron como a un ser superior. El Buda, lleno de bondad, predicó a los cinco ermitaños un sermón famoso, conocido con el nombre de Sermón de Benarés o de la Fundación del Reino de la Verdad, que tiene la ventaja de ser corto. Es como sigue:

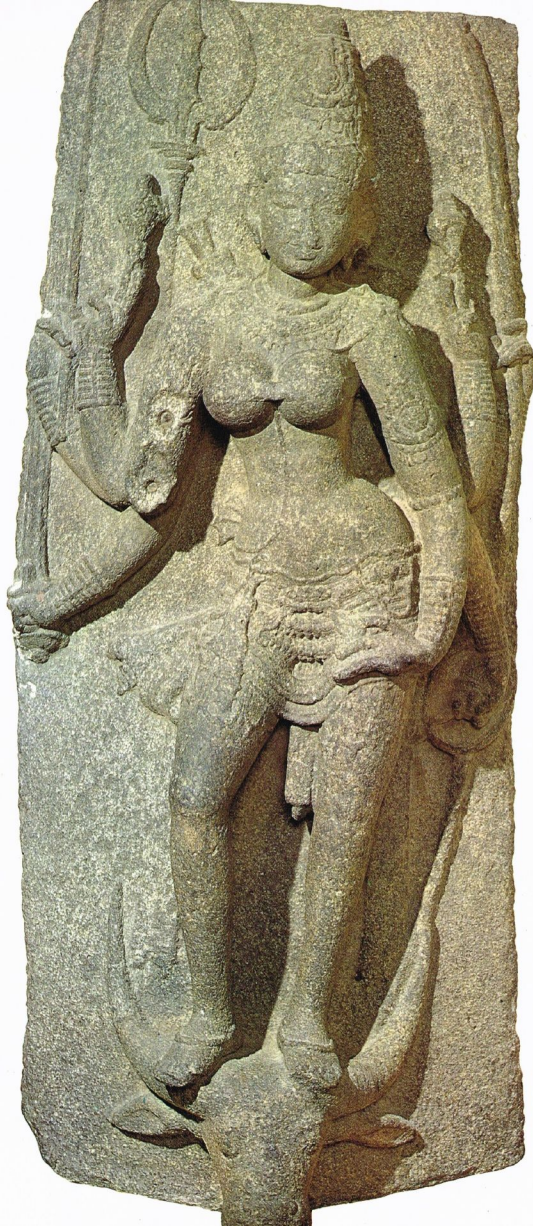
"Hay dos extremos que debemos evitar, ¡oh ermitaños! Uno es el de los placeres de los sentidos y el otro el de la mortificación con prácticas penosas, que entontecen y no aprovechan.

"Existe un camino intermedio, ¡oh ermitaños!, un camino que nos hace abrir los ojos del entendimiento y nos trae la paz, llevándonos a la sabiduría, a la verdad, al Nirvana.

"¿Cuál es este camino? En verdad os digo que es el de los ocho preceptos: Justa visión, libre de supersticiones e ilusiones. Justos deseos, altos y dignos de un hombre inteligente. Palabra justa, sincera y verdadera. Conducta justa, en paz, honestidad y pureza. Acción justa, sin hacer daño a cosa viviente. Justo esfuerzo, educándose para dominarse. Mente justa, activa, atenta y despierta. Justa contemplación, meditando cuidadosamente sobre la realidad de la vida.

"Respecto al dolor, oh ermitaños, cinco causas nos producen dolor. Son: nacimiento, enfermedad, muerte, unión con cosas desagradables y separación de cosas agradables. Las cinco son consecuencia de la composición de nuestro cuerpo.

"Éste es el origen del dolor. Buscamos la renovación de lo que siempre está cambian-



BRAHMANISMO

Con el nombre de brahmanismo se designa un conjunto de doctrinas religioso-filosóficas de tendencia panísta, a partir de las cuales se ha desarrollado el hinduismo.

El núcleo originario de estas enseñanzas se halla en las compilaciones (*samhitá*) de los Vedas. Estas compilaciones reciben los nombres de "Rig-Veda" (Saber de los himnos), "Sama-Veda" (Saber de los cantos), "Yajur-Veda" (Saber de los sacrificios) y "Atharva-Veda" (Saber de las fórmulas mágicas).

Debe destacarse que el "Rig-Veda", el libro más antiguo y venerado de la India, pertenece a un período —mediados del segundo milenio antes de Cristo— en el que los arios no se habían adentrado mucho en las nuevas tierras que estaban invadiendo. Prueba de ello son las escasas alusiones al tigre y al elefante, en las que se advierte además que esos animales serían algo raro y exótico. Nada se dice del árbol *nyagrodha*, "el que oculta sus ramas bajo la tierra", que más adelante se convertirá en un tópico de la literatura hindú. Se hace muy poca referencia a la flor de loto, no se menciona el arroz y tan sólo de modo marginal se habla del Ganges.

Los poetas védicos no ofrecen la actitud pesimista que será una de las más destacadas características del pensamiento hindú posterior. Se anhela una vida feliz, con abundancia de bienes, con mujeres plácidas, descendencia, muchos rebanos y aptitud para conservar durante mucho tiempo "olor de hombre". Heinrich Zimmer llegará a decir que en los himnos védicos aparece una verdadera obsesión por el oro y que el calificativo "dorado" se prodiga con particular fruición. Es evidente que el interés del pueblo védico en aquella época se centra en la posesión de bienes y terrenos. El hombre védico desea alargar su existencia mediante procedimientos mágicos. En los textos védicos nada se dice aún acerca de la transigración, concepto que halla pleno desarrollo en los "Upanishads".

Más de las tres cuartas partes de los himnos del "Rig-Veda" se dedican a divinidades que personifican fenómenos de la naturaleza. Yaska, el comentarista hindú, ya clasificó antaño a los dioses védicos en celestes, atmosféricos y terrestres.

El hombre védico vivía inmerso en un cosmos sagrado. No establecía diferencia alguna entre lo animado y lo inanimado. Sentíase completamente rodeado por potencias extrañas que podían ayudar o dañar. Tras cada fenómeno se ocultaba un dios. Un gesto, un sentimiento, un instrumento o un simple vocablo podían llegar a convertirse en divinidades. Por ejemplo, el nombre *bhaga*, que significaba "parte, lote, suerte", se convirtió en Bhaga, el dios que distribuye los bienes. La expresión *druh*, que se usaba para significar todo lo relativo a engaño, pasó también

a designar un conjunto de seres empeñados en combatir la verdad.

Con todo, algunos dioses fueron destacando como núcleos de mayor potencia. Sus atributos permiten entrever un perfil antropomórfico que ofreció al hombre védico la posibilidad de establecer una relación personal.

Los primitivos dioses védicos, que adquirieron cierta configuración gracias a sus atributos, presentan características comunes: se alimentan de cereales, leche, mantequilla y beben *soma*, el licor sagrado. No duermen jamás. Actúan incesantemente y no sienten demasiado interés por la existencia de los humanos. Pero el hombre védico poseía una arma poderosa para entrar en relación con ellos: los himnos del "Rig-Veda".

Entre los dioses védicos destaca Indra. Es un gran héroe, un gran vencedor. En los himnos se hace referencia a sus brazos musculosos, a sus enormes manos, a su virilidad. Es voraz y además un insaciable bebedor de *soma*. Semaja un toro enfurecido. En él se ensalza la fuerza desbordante. Su oponente es Vritá, una especie de dragón que representa el obstáculo, la dificultad. Algunos autores han querido ver en Indra a un dios de las tormentas y en Vritá a la sequía.

Los Maruts, jóvenes y audaces guerreros, acompañan a Indra montados en carros deslumbrantes. Son los espíritus de las tormentas. Parjanya, el dios que hace crecer los vegetales y germinar el grano, quizá sea una personificación de las lluvias.

En los antiguos textos védicos se dibuja ya la personalidad de Vishnú como dios bondadoso que penetra y restaura las distintas parcelas del universo. En cambio, Rudra, el jabali celestial que levanta y provoca cataclismos a su paso, presenta un carácter terrible como ente destructor.

Se ha sostenido que los himnos dedicados a Ushash, la aurora, son los textos más hermosos de la poesía religiosa de todos los tiempos. Ushash aparece como una hermosa doncella celestial, siempre joven y atractiva. Surya, el Sol, dio de los dioses, el de dorada cabellera, la persigue enamorado y constante.

El dios Varuna, en el que se ha querido reconocer a Urano, parece la personificación del cielo. Él ha señalado los senderos de los astros y ha establecido el orden (*rita*) de todas las cosas, que precisamente se conserva gracias al "rito". Varuna es el soberano de los dioses y permanece estático en el centro del universo.

Agni representa el fuego, y Soma, el líquido que se derrama sobre el altar, es la bebida de los dioses. Junto con el "himno", el fuego y *soma* son los factores esenciales del sacrificio, medio de conectar las cosas del cielo con las de la tierra.

En el himno X, 90 del "Rig-Veda", denominado *Purushasūkta*, se encierra la idea madre del brahmanismo posterior. Se habla de Purusha, el gran hombre cósmico

que se identifica con la realidad toda. Con el tiempo, el vocablo *purusha* adquirirá el significado de "espíritu". Este trayectoria parece señalar el proceso por el cual se llegará a la identificación del alma humana (*átmán*) con la realidad absoluta (*Brahman*).

Con el nombre de "Bráhmans" se designan los tratados de exégesis de las "compilaciones" (*samhitá*), llevados a cabo por los brahmanes, que originariamente constituyeron la casta sacerdotal. Estos textos señalan una progresiva diferenciación del período védico. Puede apreciarse en ellos una exaltación del rito, pues incluso expresan que los dioses quedan subordinados a la eficacia del sacrificio y de la fórmula ritual. Oldenberg ha señalado que en este período se configura la noción de Brahman como oración o palabra mágica de carácter absoluto.

El predominio de la casta sacerdotal se refleja en el rango de divinidad superior que adquiere la oración (*brahma*) dentro del antiguo panteón védico.

Cada "Bráhmán" presenta un anexo o texto de meditación titulado *Áranyaka*, es decir, "perteneciente al bosque", llamado así por ser producto de la reflexión de los eremitas que buscaban recogimiento, en el bosque (*aranyá*). Los textos suponen una ruptura con las anteriores concepciones ritualistas, para lograr, a través de una meditación individual y un íntimo recogimiento, el éxtasis salvador. El núcleo central de cada *Áranyaka* es un *Upanishad*, palabra con la cual se significó originariamente la revelación de un secreto.

La doctrina de los "Upanishads", en términos generales, puede compendiarse en el principio de que el alma o *átmán* equivale a *Brahman*, el espíritu absoluto. Una de las fórmulas que más se repiten en los "Upanishads" es aquella en la que se afirma que "quien conoce *átmán* lo conoce ya todo", pues toda la realidad es la manifestación de Brahman (lo absoluto) a través del alma (*átmán*).

Los "Upanishads" parecen reflejar la especulación surgida en el seno de la casta de los guerreros (*kshatriyas*), que muy pronto fue integrada en el conjunto de las creencias brahmánicas. En los "Upanishads" se establece una clara preeminencia de la ascetis (*tapas*) sobre el sacrificio (*yajña*). La noción de *átmán* se halla ya en el "Atharva-Veda", aunque adquiere en los "Upanishads" su máximo desarrollo. La noción propia y originaria de los textos upanishádicos es la de *karma* o influjo anímico de las acciones, que provoca los ciclos de la transigración. El concepto de *karma* tendrá una particular importancia en el desarrollo posterior del pensamiento hindú, puesto que toda filosofía, entendida como "saber salvífico", se empeñará en lograr la liberación del alma de aquel influjo que la va encadenando a sucesivas existencias.

J. G. F.

do, ya con una vida futura, ya con una mayor intensidad de la vida presente.

"En cambio, oh ermitaños, ésta es la verdad en lo que concierne a la destrucción del dolor: hay que evitar la sed de personalidad, y el verdadero camino son los ocho preceptos: justa visión, justos deseos, palabra justa, conducta justa, justa acción, justo esfuerzo, mente justa, activa y despierta, y justa contemplación.

"Por largo tiempo, oh ermitaños, no pude distinguir claramente estas verdades; por largo tiempo comprendí que no había conseguido la total sabiduría, pero ahora he obtenido el conocimiento supremo y la luz se ha hecho dentro de mí. Mi voluntad se ha emancipado, ésta es mi última existencia, no más reencarnación para mí". Esto es la negación de la vida futura.

Así habló el bienaventurado. Los cinco ermitaños se convirtieron, fueron los primeros discípulos del Buda y desde entonces vivieron en comunidad. A diferencia de otras religiones, la vida monástica fue establecida en el budismo por el propio fundador y empieza en el mismo Parque de los Ciervos, en Benarés. Concluido su sermón, el Buda añadió:

"Aquel que vive solo, aunque haya reconocido la verdad, puede claudicar y caer en sus viejos hábitos. Por tanto, bueno será que nos reunamos para ayudarnos y fortalecernos uno con otro. Sed como hermanos; unidos en amor, en santidad y en celo. Predicad la doctrina por los cuatro ámbitos del mundo, para que todas las criaturas fraternicen en el reino de la verdad. Ésta es la santa fraternidad, ésta es la *sangha* (o convento) donde vivirán en comunidad los que han encontrado refugio en el Buda".

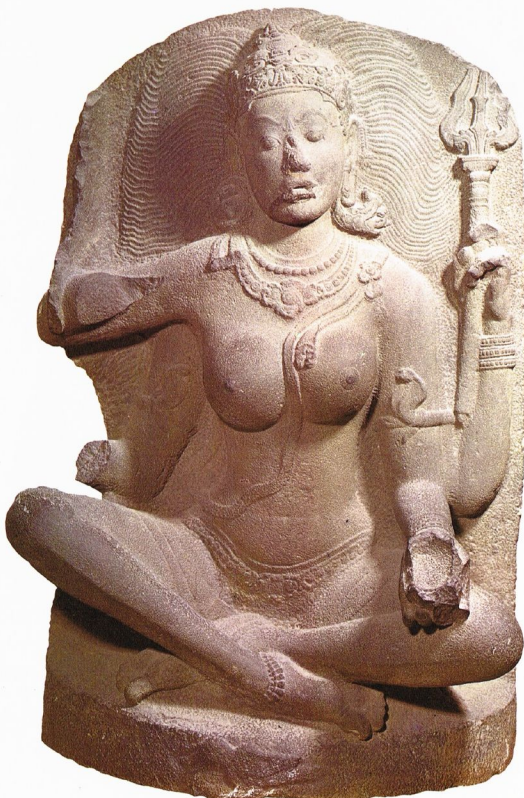
Tememos que el lector quedará algo desilusionado por estas primeras palabras del Buda, que no son sino repetición de los conceptos enunciados ya por Gautama cuando no era más que el Muni de los sákyas. Lo único que hay de nuevo es un acento de fe que no existía en sus palabras antes de la iluminación. Seguridad, confianza en sí mismo, absoluta certitud es lo que transpira el sermón de Benarés.

Por lo demás, la disciplina moral, que hoy llamamos filosófica, propuesta por el Buda como vehículo para obtener la suprema libertad no era una gran novedad en el siglo VI a. de J. C., sobre todo en la India; sin embargo, la oposición de este tratamiento del Justo Medio a las prácticas ascéticas de los brahmanes se ve reflejada en todos los discursos del Buda. "Mortificación no procura conocimiento, cuanto menos procurará el triunfo sobre la sensualidad. Aquel que llena su lámpara con agua en vez de

aceite, no obtendrá luz; el que frota dos maderos podridos, no encenderá fuego." "Comed y bebed según las necesidades del cuerpo; el agua rodea la flor del loto sin penetrar en los poros de sus pétalos."

Había ciertas escuelas brahmánicas que insistían en lo mismo: una vida santa en pensamiento y en acción. Sin embargo, es original el método propuesto. Hay que romper las diez cadenas que nos atan y que, según el Buda, son como sigue: la primera, naturalmente, es la ilusión del *yo soy*. Nunca somos, pues estamos cambiando a cada momento. La segunda cadena es dudar que pueda nadie librarnos de este error del *yo*, y que pueda uno mismo salvarse. La tercera,

Escultura hindú de basalto, del siglo X, que representa a una deidad en una de las posiciones fundamentales del "yoga" (Museo Guimet, París). Esta filosofía, cuyo cultivo exige un complemento de ejercicios físicos, preparó a Gautama en sus años de retiro para comprender mejor las vías de superación del brahmanismo y fundar el budismo.



[illegible]

Con algunas variantes, el Buda coincide en su *Camino de Perfección* con lo que llamamos *quietismo* en Europa. Por esto conviene prestar más atención a la psicología budista, hasta dando a la palabra *psicología* el mismo valor que tiene entre nosotros, o sea ciencia del alma. A pesar de que niega la existencia del alma, sorprende la extraordinaria agudeza del Buda para explicarse la formación y funcionamiento de la personalidad. Se ha

A photograph of the Dargah-e-Nawwaz in Ajmer, India. The main structure is a large, ornate, domed building with multiple minarets and a central dome, situated on a riverbank. The building is surrounded by other structures and a body of water in the foreground. The architecture is a blend of Islamic and Rajasthani styles. The water in the foreground is calm, reflecting the sky and the building. The sky is a clear, bright blue. There are some trees and other buildings visible in the background. The overall scene is peaceful and scenic.



llegado a pensar, por los primeros escritores budistas, que la famosa solución que se llama la *Rueda de la Verdad* fue lo que descubrió el Buda el día de su iluminación debajo de la higuera. La *Rueda de la Verdad* podría también llamarse el *Árbol del Error*, porque de un error nace otro, y de éste, otro, pero la palabra *rueda* nos da la idea de una sucesión de errores que no tienen principio ni fin. He aquí la serie de ellos:

La ignorancia produce la impresión de unidad de lo que está separado; cada uno de nosotros es un compuesto, una mezcla. De esta idea falsa de unidad nace la conciencia individual. La conciencia nos da la idea de formas, de colores y del crecimiento, que acaso hoy podríamos interpretar por tiempo. Las formas y colores, al pasar por delante de nosotros, despiertan los sentidos. Los sentidos nos incitan al contacto. Del contacto viene la sensación. La sensación produce deseo de posesión. El deseo de posesión crea el afecto. El afecto, o amor, origina la existencia. La existencia impulsa a nacer, y del nacimiento vienen la vejez, la enfermedad y la muerte.

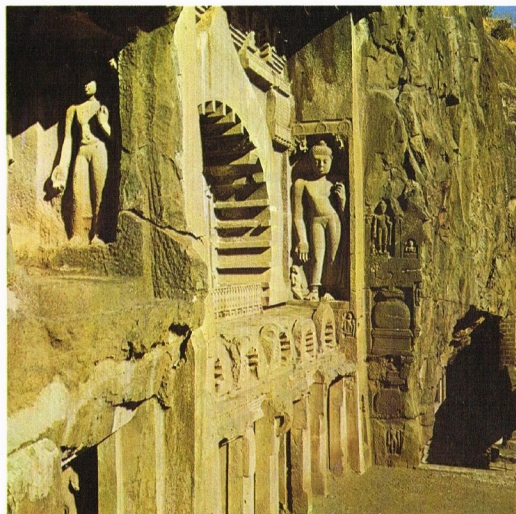
Esto parecerá a los occidentales el mundo

al revés. No es el "pienso, luego existo", de que se valió Descartes, sino el "existo porque pienso", tengo conciencia porque pienso, y pienso mal.

Claro está que decir que de la ignorancia venga la conciencia, y que de ésta, paso a paso, se consiga nacer, sonará, al oído de las gentes de cultura grecolatina, no sólo como una herejía, sino como un absurdo. Para nosotros es la vida la que, con su plenitud, produce amor, posesión y conciencia. Pero si admitimos que el alma no existe, la *Rueda de la Verdad* gira con mucha más lógica de lo que a primera vista parece. ¿Qué puede producir individualidad sino la ignorancia? Y este estado de ignorancia es lo que nos forja la ilusión de la conciencia individual. Los demás puntos de la rueda casi coinciden con los resultados de algunas escuelas modernas de psicología. Lo que ya no parece tan claro es que del deseo de ser, vengamos a la vida; aunque esto encaja muy bien con la idea, profundamente arraigada en los pueblos de la India, de una transnigración a otro cuerpo después de la muerte, para recibir el premio o el castigo.

Pero obsérvese bien que, según el Buda,

Gacela arrodillada ante la primera predicación de Buda en Benarés (Rietberg Museum, Zurich). El cuerno es un símbolo del Nirvana.



Relieves de la entrada de la cueva IX de Ajanta, considerada comúnmente como la más antigua de todas ellas. Las estatuas, como puede apreciarse en el detalle del Buda adjunto de la cueva XIX, responden a una estética clásica hindú, de líneas armoniosas y onduladas.



cuando renacemos, ya no somos lo que habíamos sido antes. Si nuestra personalidad cambia a cada instante, no es posible que subsista igual después de la muerte. El Buda se vale de comparaciones para explicar la transmigración: como de una luz se enciende otra, como de una semilla se produce otra semilla, como el discípulo repite los versos o las enseñanzas del maestro, así uno nace de lo que ha sido antes él mismo, en otra vida.

En realidad, el por qué y el cómo nacemos otra vez no lo diluyó el Buda. Todas las religiones tienen sus misterios, que hay que creer con fe sencilla, y la idea de la reencarnación es el misterio del budismo. Todo lo demás resulta comprensible, como basado en un proceso intelectual.

Es interesante observar que hasta un pensador como Gautama parece atascarse en la idea, tradicional en la India, de la transmigración. Recordemos las palabras triunfantes del Buda al acabar el sermón de Benarés: “¡Ésta es mi última existencia! ¡No hay reencarnación para mí!”. Ya allí declara también que el objetivo final es la paz, la extinción, el *Nirodha*. Esta última palabra, casi lo único que del Buda se conoce en Occidente, quiere decir apagar, extinguir, pero no la vida, sino la personalidad. En los tex-

tos búdicos se menciona a menudo el Nirvana acompañado de epítetos que lo aclaran o glorifican. Nirvana es la isla del Refugio, el final del Deseo, donde no hay cambios ni destrucción. Concretando, Nirvana es la extinción de los tres fuegos: deseo, odio e ignorancia. Pero ya se comprenderá lo que deseo, odio e ignorancia significan para el Buda.

Con todo, el Buda y sus discípulos tuvieron que explicar a menudo el significado de la palabra *Nirvana* a los no iniciados. "El Nirvana no es pasado ni presente ni futuro, no se produce ni se puede producir... existe, es." El Nirvana es casi como el *Tao*.

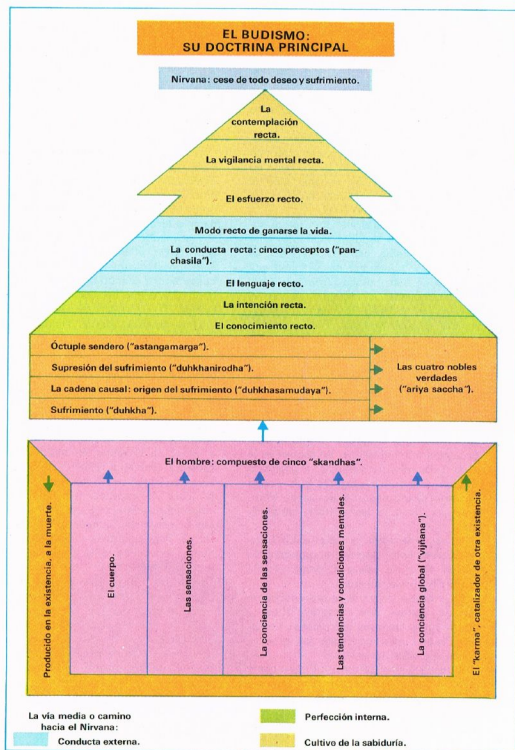
Tal fue, en sustancia, la doctrina del Buda. Con variedad de estilo, según hablase al pueblo o a los brahmanes, con parábolas o dialogando con los que le manifestaban sus dudas, Gautama insistió en estos mismos preceptos toda su vida. Cada año, el Buda y sus discípulos se reunían durante la estación de las lluvias en Magadha, o Benarés, y en cuanto llegaba el buen tiempo se despedían y separaban para seguir predicando a las gentes el Camino Medio de los ocho preceptos, la Rueda de la Vida, el Nirvana, etc. Así la actuación del Buda se prolongó durante los cuarenta y cuatro años que medían desde su iluminación debajo de la higuera hasta la muerte, que le sorprendió ya octogenario, pero todavía recorriendo tierras. En este largo espacio de tiempo, el Buda, con su reputación bien cimentada de santo e iluminado, sufrió interrogatorios de príncipes y doctores de la antigua religión, de pobres y ricos, de gentes que solicitaban sus consejos y de gentes que le pedían milagros. Y a todos supo contestar siempre con nobleza y elevación. Por ejemplo, una pobre viuda le pidió un día que devolviese la vida a un tierno niño, su único hijo. El Buda dijo que resucitaría al niño si la madre le conseguía tan sólo mostaza para hacer un emplastro, pero debía serle facilitada en tal casa donde no hubiese habido nunca ningún muerto. La viuda se convenció bien pronto de la imposibilidad de encontrar un hogar donde no hubiera fallecido alguien.

Su propio padre pidió también al Buda que le visitase. El que había salido de su patria como príncipe, volvió a Kapilavastu como mendicante. Al saber que su hijo iba mendigando de puerta en puerta, el viejo rey salió a su encuentro y le suplicó que no le humillase pidiendo limosna.

—Tú sabes bien que puedo proporcionarte cuanto necesitas —dijo el rajá de los sakias a su hijo.

—Es costumbre de nuestra raza pedir limosnas —contestó Buda.

—La costumbre de nuestra raza! —repitió



desconcertado el padre—. ¿No sabes que somos príncipes, hijos de príncipes?

—Vos y vuestra familia descendéis de príncipes —replicó Gautama—, pero yo voy desciendo de los Budas, que vivieron de caridad toda su vida.

El padre no insistió, mas tomando al Buda por la mano lo llevó a palacio, donde parientes y servidores le recibieron con gran honor. Gautama quiso ver a su esposa y a su hijo; ambos aceptaron la doctrina del Buda; pero, como ocurre en otras religiones, los parientes del fundador no ejercieron gran influencia en el desarrollo del budismo; sólo un primo de Gautama, nombrado Ananda,

HINDUISMO

Más que una religión o una filosofía, el hinduismo es toda una cultura. Sin embargo, por regla general, con este nombre se conoce el conjunto de creencias que los hindúes denominan "religión o norma eterna" (*Sanātana Dharma*), basada en las compilaciones védicas o en textos posteriores que adquirieron rango de "sagrados". Conviene destacar que el hinduismo supone una importante asimilación de elementos no arios.

En él, la idea de *Brahman*, espíritu absoluto y raíz de todo lo existente, aparece como tema central. Brahman, es ser neutro e indeterminado, se manifiesta a través de una trinidad (*Trimūrti*): *Brahma* (masculino), el creador; *Vishnú*, el restaurador, y *Shiva*, el destructor benevolente. El dios Brahma, como objeto de culto y ritual, no ha recibido una excesiva atención por parte de los hindúes, que aparecen básicamente divididos en dos grandes grupos: los visnúitas (*vaishnavas*) y los shívitas (*shaivas*).

Vishnú, que en los Vedas es sólo un dios menor, fue adquiriendo importancia como divinidad generosa, pronta a prestar ayuda a los hombres. Su esposa es la diosa Lakshmi y su "vehículo" el pájaro Garuda. Los textos aseguran que Vishnú penetró (*vishí*) o encarnó diez veces, siempre para liberar a las criaturas de algún mal.

En el primer avatar o encarnación, Vishnú aparece como *Matsya*, el gran pez. Su misión es la de salvar a Manú, el Noé hindú del diluvio universal.

En el segundo avatar se presenta como tortuga, *Kurma*, que constituye el fondo de las aguas lechosas que dioses y demonios batían para conseguir los grandes dones sagrados del universo.

El tercer avatar presenta a Vishnú como jabalí, *Varaha*, que ataca a cierto demonio que se había permitido arrastrar al mundo hacia el fondo del océano cósmico.

En el cuarto avatar, Vishnú aparece como *Nara-sinha*, el hombre-león. De este modo, pudo vencer a un demonio que había conseguido de Brahma la promesa de que ni hombre ni bestia alguna pudiese derrotarle.

En el quinto avatar aparece como enano, *Vamana*, para poder engañar así a un rey-demonio que se había apoderado del mundo. El malvado monarca no imaginó que un ser de escaso tamaño pudiera arrebatarle su presa cósmica.

En el sexto avatar se manifiesta como Leñador o Rama-de-la-hacha (*Parasurama*), el cual impide que los "guerreros" (*kshatriyas*) suplanten a los brahmanes.

Rama es el nombre del séptimo avatar de Vishnú, que en este caso se presenta como el héroe de la epopeya "*Ramayana*", la "gesta de Rama", donde aparece como prototipo del "esposo", en la búsqueda de Sítá, prototipo de la mujer hindú.

Krishna, el negro, es el octavo avatar de Vishnú. Su encarnación es descrita en

el "*Mahá-bhārata*", obra en la que se halla incluido el "*Bhagavad-Gitá*", o canto del bienaventurado, donde Krishna, bajo apariencia de simple servidor-auriga, alecciona al príncipe Arjuna sobre el sentido de la "acción".

La novena encarnación de Vishnú es, nada menos, el *Buda*. De este modo, el hinduismo asimilaba, como parte de su propio panteón, un poderoso movimiento no hindú que estaba irradiando por doquier como nuevo camino de salvación.

Finalmente, el décimo y último avatar será *Kalki*, el caballo blanco, que aparecerá apocalípticamente para inaugurar una nueva época cuando la presente haya llegado al máximo en sus maldades y descaños.

Otra divinidad de la Trimūrti, *Shiva*, personifica la potencia destructora, necesaria para que la vida pueda continuar. Por eso es un ser demoleedor y a la vez benigno, ya que asocia la fuerza de la generación con la muerte. De ahí que sus adeptos lo saluden como "gran dios" (*Mahá-deval*). Shiva se manifiesta generalmente junto a su "aspecto femenino", a veces en extraño hermafroditismo. La potencia femenina (*shakti*) de Shiva, en su manifestación destructora, es *Kālī*. A veces, la potencia femenina aparece como "diosa de hermosura", *Umā*, o bien como perversa "bebedora de sangre", *Durgā*. Para señalar la complejidad de formas y personificaciones de Shiva, bastará decir que en un solo capítulo del "*Shiva-Purāna*" se mencionan mil ocho nombres diferentes atribuibles a este dios.

La exuberancia de dioses, genios y potencias proliferó paroxísticamente en el hinduismo y condujo muy pronto —en una especie de "inflación" de lo divino— a la paradójica concepción de situar a las

divinidades en el mundo de las apariencias, pura ilusión (*māyā*), que impide vislumbrar la radical realidad de Brahman.

Las distintas formas de conocer la realidad última, condición para lograr la salud final, dio lugar a seis sistemas (*sad darshana*) "ortodoxos", aunque no todos presentan una especial preocupación teológica. Aparecen como filosofías o "modos de ver la realidad", pero también como técnicas para liberarse del encadenamiento en sucesivas existencias.

1.º *Sistema Mīmāṃsā*. Establece la primacía y eternidad del sonido (*vāc*) como fundamento de los textos sagrados y de los himnos. Los Vedas existen desde toda la eternidad; por eso son la norma suprema en cuanto al "creer y al hacer".

2.º *Sistema Vedānta*. Con el tiempo, el sistema "Vedānta", llamado también "Uttara-Mīmāṃsā" (Mīmāṃsā segundo, posterior), fue diferenciándose del primero ("Pūrva-Mīmāṃsā"), hasta adquirir, como sistema independiente, una gran complejidad.

Los nombres de los grandes expositores del "Vedānta" —Shankara, Rāmānuja, Mādhva y Vallabha— se asocian a cuatro distintas soluciones o subesquemas dentro del sistema. Shankara (siglo ix) proclama la solución "monista": sólo Brahman existe; lo demás es engaño, apariencia, magia (*māyā*).

La doctrina de este rígido monismo se conoce como escuela de la "no-dualidad" (*Advaita*). Rāmānuja (siglo ix) sostiene cierto monismo, atenuado por la existencia de atributos, que recuerda bastante el panteísmo de Spinoza: Brahman es la única realidad; el alma humana y el universo son "atributos" en el seno de la sustancia absoluta. Mādhva (siglo xiii), el gran maestro de la escuela dualista



(*dvaita*), afirma que las almas existen con independencia del ser supremo. Vallabha (siglo XV), por su parte, sostiene que la aparición del mundo, frente a la realidad absoluta, sólo puede explicarse como ignorancia (*ajivya*) por parte del sujeto que vive inmerso en el mundo de "nombres y formas".

3.º *Sistema Sāmkhya*. Afirma la existencia real del mundo fenoménico y admite un dualismo de materia (*prakriti*) y espíritu (*purusha*). No hace referencia al Ser Supremo. Admite la eternidad de las almas y de la materia.

4.º *Sistema Yoga*. Aparece como una disciplina mental con la que se consigue una gradual liberación de las ataduras o "tóxicos" (*klesha*) que impiden el conveniente equilibrio de la energía espiritual. El llamado "Yoga clásico de Patanjali" mostrase como un medio práctico de aplicar los conocimientos del sistema "Sāmkhya".

5.º *Sistema Nyāya*. Proclama la eficacia del conocimiento en la tarea de la salvación. Es una filosofía de la lógica. Admite la realidad del mundo fenoménico y establece las distintas formas válidas de alcanzar el saber: percepción (*pratyaksha*), inferencia (*anumāna*), comparación (*upamāna*) y testimonio (*shabda*).

6.º *Sistema Vaiśeṣika*. Como es-

cuela, se halla íntimamente ligada a la "Nyāya" y ofrece una clasificación de las distintas formas en que la realidad puede dividirse o enumerarse. El mundo se concibe como el resultado de una composición de átomos (*anu* = punto). No se hace referencia al Ser Supremo.

Hacia el siglo V de nuestra era se produce en los distintos grupos religiosos de la India un curioso fenómeno de exaltación de lo femenino y de la diosa Madre, que representa una explosión de las corrientes religiosas autóctonas prearias. Esta nueva tendencia pone de relieve la importancia de la "esposa divina" junto a la figura de cada dios. La divinidad femenina representa la potencia o energía secreta (*shakti*) del poder creador divino. El shaktismo se desarrolla notablemente en el seno del shivismo, aunque alguna de sus formas se infiltran incluso en el budismo.

La unión sexual en el shaktismo es símbolo de la feliz unión con el espíritu supremo, y en la literatura sagrada de la secta se describen con mucho detalle y pormenores los goces carnales. El shaktismo de "derechas" se refiere a las prácticas eróticas de modo simbólico; el de "izquierdas" ve en el erotismo mágico una técnica especial de desarrollo interior.

El tantrismo aparece como un conjunto

de doctrinas y prácticas rituales inspiradas en ciertos *tantras* (libros, textos) más o menos relacionados con las creencias populares y con el shaktismo. El "objetivo de salvación" se persigue a través de medios mágicos y se asoció con las prácticas Yoga. Este tantrismo "de izquierda" desarrolló entonces una fisiología de los "seis nudos energéticos" (*cakras*), representados por flores de loto, que la serpiente-diosa Kundalini, símbolo de la energía interior, puede ir activando en su desarrollo a lo largo de la columna vertebral. Otras formas de tantrismo pretenden utilizar para la salvación la energía cósmica que se halla en conexión con ciertos sentidos corporales.

En nuestros días, el hinduismo, con doscientos cincuenta y seis millones de adeptos y en continua adaptación doctrinal a las exigencias de las nuevas circunstancias, presenta el mayor número de "convertidos" entre todas las religiones de la India. Muchos de sus textos "sagrados" pueden hallarse traducidos ya a buen número de idiomas occidentales y, en grado cada vez mayor, el hombre europeo siente curiosidad por los "saberes de salvación" de la India y las exóticas técnicas de desarrollo interior que allí aparecieron.

J. G. F.

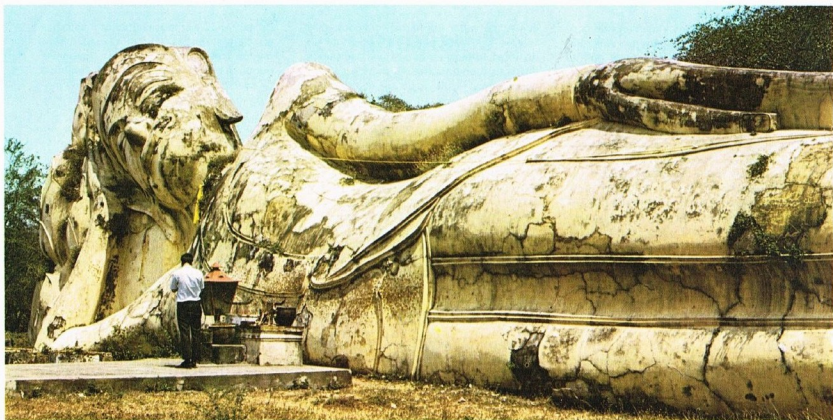
aparece como el discípulo predilecto y le asiste en sus últimos años.

Tenemos un antiguo texto que explica la vida del Buda cuando ya había llegado a alcanzar la categoría de fundador. Se levantaba a las cinco de la mañana y pasaba en meditación profunda las primeras horas del día. Después se ponía una túnica color de azafrán y salía, con su espuesta, a mendigar; la leyenda añade que, por el camino, los céfiros perturbaban el ambiente y los árboles tendían, al paso del Buda, una alfombra de flores. Los pájaros y las fieras le saludaban gozosos, y los hombres, cuando se enteraban de su llegada, decíanse: "Hoy el iluminado viene a pedir limosna". Para recibirle poníanse sus mejores ropas y le sentaban a su mesa. El Buda discurría con ellos, según su capacidad, y después regresaba a su retiro y descansaba en su camastro hasta el mediodía. Luego predicaba a sus discípulos y les proponía el estudio de algún tema religioso.

En las horas calurosas del día, el Buda solía dormir la siesta en su aposento, perfumado con flores; después, al levantarse, estudiaba las condiciones en que vivían las gentes de los pueblos vecinos y cómo podría ayudarles en sus apuros. A veces recibía a esta hora a los que venían a visitarle. Tomaba luego un baño y resolvía después las



Una muestra de arte greco-budico que representa el milagro del agua y del fuego, uno de los que realizó Buda en apoyo de su predicación (Museo Guimet, París). Puede apreciarse cómo de los hombros y pies de Buda brotan abundantes chorros de agua y llamas.



Estatua colossal de un Buda durmiente, en Wat Lokaya Sudha, Tailandia.

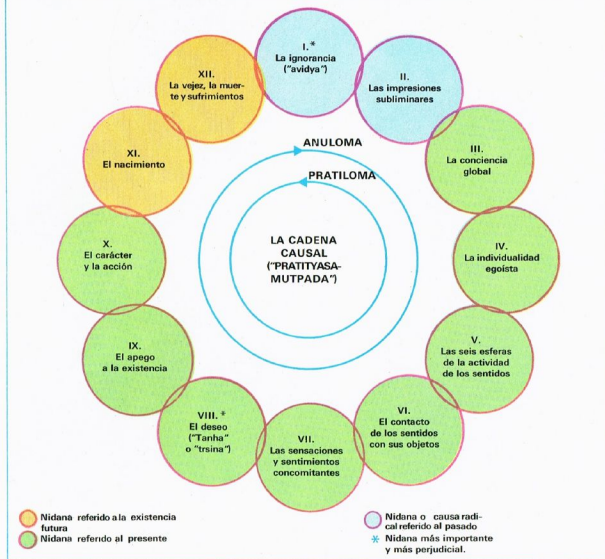


dudas que le proponían sus discípulos; durante gran parte de la noche se paseaba solo por su estancia.

En el transcurso de su vida, el Buda no sólo tuvo que resolver problemas que podemos llamar dogmáticos o religiosos, sino también cuestiones de disciplina conventual. En las comunidades budistas forzosamente tenían que ocurrir disensiones, que el Buda supo resolver apoyándose en principios estrictamente legales. Por ejemplo, en cierta ocasión un monje fue acusado de algo que él no creía que fuese contrario al espíritu de la regla. La disputa amenazaba convertirse en cisma. He aquí lo que dijo el Buda: "No hay derecho a expulsar un monje sólo porque la mayoría dice: Creemos que debe ser así". A los rebeldes decía: "Odio no se

Pintura sobre tela que representa a Buda rodeado de sus discípulos (Museo del templo de Kelania, Ceilán). Como Buda enseñó con su ejemplo, la propagación de su doctrina es esencial para que todos los hombres puedan llegar cuanto antes al apogeo de la vida espiritual. La predicación de Buda fue acompañada de la fundación de monasterios.

LA CAUSACION SUBJETIVO-COSMICA BUDISTA (LA RUEDA DE LA VERDAD)



apaga con odio; odio se apaga con amor, ésta es una ley eterna. Algunos no se han dado cuenta de ella, hay que perdonarlos, y los que la conocen han de enseñarla practicándola". "Con tontos y vanidosos no es posible mantener amistad."

Después de lo que precede, sería ocioso añadir que no hubo nada de milagroso ni heroico en la vida del Buda. Menos aún en su muerte: el Buda murió de una indigestión, por haber comido arroz con cerdo, cuando tenía ya más de ochenta años. Un hecho tan prosaico, no cabe duda, ha de ser rigurosamente histórico, sobre todo teniendo en cuenta que muy pronto los budistas adoptaron una rigida dieta vegetariana.

El suceso ocurrió del modo siguiente: el Buda, como de costumbre, viajaba predicando, a pesar de su avanzada edad; sólo le acompañaba su primo Ananda. Al llegar a Pava, lugar situado entre Benarés y Kapilavastu, fueron invitados a comer por un platero llamado Chunda; éste les dio lechón



Capitel de un pilar de la época de Asoka, del año 250 antes de J. C. (Museo de Sarnath, India). Los cuatro leones que miran hacia los cuatro puntos cardinales representan los poderes que llevan la ley budista a todas las partes de la tierra.



Bodisatva orando en medio de los reyes del infierno, pintura sobre seda (Museo Guimet, París).

con arroz, y después de comer y de dormir la siesta, el Buda quiso proseguir su camino; pero antes de atravesar el río Kuhusta tuvo que descansar y pidió a Ananda que le diese agua. Recobró algo sus fuerzas con ella, y aun trató de bañarse en el río, pero desistió y otra vez pusieronse en marcha; por fin, a la caída de la tarde, el Buda se tendió en tierra para no levantarse más, en un bosquecillo que había al lado del camino.

El relato de las últimas horas del Buda demuestra que conservó hasta expirar su dignidad de sabio, o iluminado, sin pretender que le reconocieran por santo o profeta. Su ansiedad por Chunda fue grande en sus últimos instantes, pues temió que le acusaran de haberle envenenado. "Dile a Chunda que en su propia existencia recibirá una gran recompensa por el alimento que hoy nos ha dado... Dile que lo has oído de mis

Estatua de Buda del siglo I, en pizarra gris, hallada en los alrededores de Peshawar, Gandhara (Museo de Arte e Historia, Bruselas).

labios... Dile que los dos mayores regalos que he recibido en mi vida son el arroz que me dio la hija del pastor, el día de mi iluminación, y el lechón que he comido hoy en su casa..."

Esto era evidente: la comida que le diera la pastora le había facilitado su iluminación; esta comida del platero le facilitaba su final extinción en el Nirvana. Pero a Chunda y otros "creyentes" todavía les espera la reencarnación.

Solo con Ananda, expuso a éste sus disposiciones para el funeral y le dio algunas explicaciones sobre la disciplina de la orden después de su muerte. Ananda no pudo contener el llanto y exclamó: "¡Mi maestro me deja, y yo todavía no he obtenido la perfección!". Sin embargo, el Buda le consoló dirigiéndole las palabras siguientes: "No llores. ¿No te he enseñado a separarte de lo que amas? Todo lo que existe es un compuesto que debe disolverse. Por largo tiempo has sido mi amigo y compañero; siempre te has portado bien. Persevera y te verás libre de esta sed de vida y de la cadena de la ignorancia".

Algunos monjes se enteraron de lo que ocurría y el Buda viose pronto rodeado de discípulos. Al distinguirlos, les amonestó diciendo: "Vosotros pensaréis acaso que vuestro maestro os abandona, pero después de mi muerte, la ley y mis enseñanzas deben ser el maestro para vosotros". Dirigiéndose a ellos, les suplicó le manifestaran si sentían alguna duda o dificultad en materias de doctrina: "No quisiera que deplorarais luego haber perdido esta oportunidad de consultarme...". Por supuesto, nadie dijo nada. Por fin, tras una pausa, el Buda abrió los ojos y pronunció estas palabras, las últimas, que resumen toda su doctrina: "Recordadlo bien, ¡oh monjes!, todo lo compuesto está sujeto a destrucción y ruina. Aplicaos a salvaros vosotros mismos..."

Al enterarse de la muerte del Buda, el monarca de la ciudad vecina ordenó que se le hicieran suntuosos funerales. Sus despojos se quemaron en una pira gigantesca, decorada con guirnaldas de flores. Sin embargo, pocos años después se contaban en la India más de veinte mil reliquias, huesos, dientes y cabellos del Buda. Pero de este fenómeno de desviación hacia las prácticas supersticiosas y de la extraña evolución que experimentó su doctrina trataremos en el próximo capítulo.



BIBLIOGRAFIA

Bareau, A.	<i>Bouddha</i> , Paris, 1962. <i>Les religions de l'Inde</i> , Paris, 1966.
Coomaraswami, A. K.	<i>Hindouisme et Bouddhisme</i> , Paris, 1969.
Filliozat, J.	<i>Inde, nation et tradition</i> , Paris, 1961.
Fornichi, C.	<i>La pensée religieuse de l'Inde avant Bouddha</i> , Paris, 1930.
Glasenapp, H.	<i>Les littératures de l'Inde</i> , Paris, 1963.
Gonda, J.	<i>Les religions de l'Inde. I. Vedisme et Hindouisme; II. Hindouisme récent</i> , Paris, 1966.
Grim, G.	<i>La religion du Bouddha</i> , Paris, 1959.
Oldenberg, H.	<i>Buddha, sein Leben, seine Lehre, seine Gemeinde</i> , Stuttgart, 1959.
Percheron, M.	<i>La vie merveilleuse du Bouddha</i> , Paris, 1966.
Quiles, I.	<i>Filosofía budista</i> , Buenos Aires, 1968.
Rahula, W.	<i>Lo que el Buddha enseñó</i> , Madrid, 1965.
Régner, R.	<i>L'Inde et les pays indianisés</i> , Paris, 1963.
Renou, L.	<i>La poésie religieuse de l'Inde antique</i> , Paris, 1942. <i>L'Hindouisme</i> , Paris, 1951.
Renou, L.; Filliozat, J., y cols.	<i>L'Inde classique</i> (2 vols.), Paris, 1947-1953.
Semenoff, M.	<i>Bouddha</i> , Paris, 1960.
Spear, P.	<i>India</i> , The University of Michigan, 1961.
Varenne, J.	<i>Le Veda</i> , Paris, 1967.



Un relieve hindú con representación de la muerte de Buda (Museo Británico, Londres). El Buda histórico murió hacia el 486 a. de J. C., de dolorosa enfermedad. La tradición asegura que soportó los dolores con el dominio que de él cabía esperar y que sus cenizas fueron guardadas en stupas o monumentos funerarios bádicos.